

LOS ESTUDIOS DEL PERIODO ARCAICO EN EL PERU: LOGROS, PROBLEMAS Y PROPUESTAS

*Peter Kaulicke**

El presente conjunto de contribuciones de 29 autores invita a algunas reflexiones finales ya que se trata de temas bastante diversificadas que cubren buena parte tanto del espacio geográfico conocido como del espacio temporal del Periodo Arcaico en el Perú, ciertamente sin haber logrado una cobertura total lo cual no sido la meta de este esfuerzo. De este modo cuatro de los autores (Becerra, Briceño, Gálvez y Millones) se ocupan exclusivamente del Periodo Arcaico Temprano (todos concentrados en el Paijanense de la Costa Norte); once lo tratan dentro de secuencias más largas (Aldenderfer [Sierra Sur], Kaulicke [Sierra Central], Lavallée y sus colaboradores [Costa Sur], Rick y Moore [Sierra Central] así como Wise [Costa Sur]). Otros cuatro ofrecen estudios que se centran en el Periodo Arcaico Medio (Benfer [Costa Central], Guillén [Costa Sur] así como Rossen y Dillehay [Costa Norte] fuera de los once ya nombrados dentro de sus contextos más generales así como Cárdenas [Arcaico Medio y Final, Costa Norte]). Otros cuatro se dedican principalmente al Periodo Arcaico Tardío, en particular, Arcaico Final (Bischof [Costa Norte], Onuki [Sierra Central] así como Shady y López [Costa Norcentral]) acompañados por Aldenderfer, Lavallée y sus colaboradores, Rick y Moore así como Wise. Mención aparte merecen los trabajos de Bonavia y Grobman sobre el problema del maíz en el Periodo Arcaico y el de Wheeler sobre la domesticación de camélidos.

Esta lista merece algunos comentarios. Algunas regiones no están representadas como v.g. la Sierra Norte. Si bien hay algunos indicios de ocupaciones durante el Periodo Arcaico, hay pocas investigaciones que no han resultado en informes sustanciales con pocas excepciones (cf. Cardich 1991, Lynch 1967, 1980). Esta ausencia evidentemente no se debe a un eventual prolongado hiatus ocupacional sino sencillamente a una ausencia de investigaciones respectivas. Aún en forma general, la cronología prehispánica de esta parte de la sierra es poco conocida, con la excepción de los trabajos recientes de los japoneses en Cajamarca (Terada y Onuki 1982, 1985, 1988) quienes no tuvieron la suerte de encontrar la presencia de evidencias preformativas como en Kotosh. Tal desconocimiento es preocupante ya que prohíbe mayormente comparaciones con evidencias respectivas de los Andes septentrionales cuyo estado de conocimiento es bastante más completo (cf. Dillehay et al. 1992). De otro lado aíslan también las evidencias conocidas de la colindante Costa Norte. Contactos ya intuidos por Lynch (1980) y recientemente confirmados en cierto punto por Briceño (com.pers.) no bastan para llenar la inmensa laguna creada por la ausencia de investigaciones.

Otra laguna inmensa es prácticamente toda la vertiente oriental y la llanura amazónica del Perú. Es poco probable que ahí no existan sitios tempranos a juzgar por las múltiples evidencias disponibles de Brasil (cf. Dillehay et al. 1992, Prous 1986 *inter alia*).

Estas observaciones algo generales implican la necesidad de indagar más detenidamente sobre el marco espacio-temporal del cual se dispone.

*Pontificia Universidad Católica del Perú, Dpto. Humanidades, Apto. 1761, Lima 100. e-mail: pkaulic@pucp.edu.pe

MARCO ESPACIO-TEMPORAL

Una ojeada rápida a mapas de distribución de sitios del Periodo Arcaico en el Perú enseña que esta distribución se caracteriza por un patrón curioso que se expresa en una especie de islas en algunas partes de la sierra, sobre todo la puna de Junín y Ayacucho y, en menor grado, Lauricocha, Callejón de Huaylas y más recientemente la sierra de Moquegua lo cual se debe a la realización de proyectos en estas zonas gracias a la iniciativa personal de algunos arqueólogos desde la década de los setenta o fines de los sesenta hasta la actualidad (Matos, Rick, Lavallée, [Junín], MacNeish [Ayacucho], Cárdich [Lauricocha], Lynch [Callejón de Huaylas] y Aldenderfer [Moquegua]). Estas "islas" flotan en un mar aparentemente desconocido en su totalidad. Las razones que han llevado a esta situación son múltiples, entre las cuales no siempre priman aspectos científicos, relacionados específicamente al estudio del Periodo Arcaico. El efecto, sin embargo, es obvio ya que lleva a generalizaciones tapando lo desconocido y a comparaciones algo generosas conectando áreas amplias y distanciadas. Por otro lado invita a aislar enfoques ya que algunas de las zonas se conocen bien gracias a la abundancia de datos, mientras que en otras escasean dramáticamente.

La situación en la costa no difiere mucho de lo que acaba de describirse. "Núcleos" como la zona de Talara (Richardson 1969), la del Paijanense entre Cupisnique y Moche (Chauchat 1992; Briceño, Gálvez, Becerra, este volumen) y la zona entre Ancón y Lurín (Lanning, Patterson, Moseley) así como más recientemente la costa de Moquegua (cf. Wise, Guillén, este volumen) y Supe (Shady 1998, cf. este volumen) igualmente son esfuerzos algo aislados en el sentido literal. Difiere, sin embargo, en dos aspectos: a) el proyecto ambicioso de Engel en ubicar sitios tempranos en toda la costa, lo cual efectivamente llevó al reconocimiento de muchos sitios, los cuales, sin embargo, no han merecido descripciones detalladas en la mayoría de los casos. Sus síntesis han enfrentado aceptación reservada hasta rechazos violentos. Pero queda evidente que su aporte es importante ya que reunió datos amplios, contextos bien conservados y el mayor número de individuos en tempranos contextos funerarios de todo el Perú (el trabajo de Benfer, este volumen, es la continuación de uno de sus proyectos). b) El segundo aspecto se expresa en la excavación de sitios con arquitectura pública o monumental, iniciado por Bird en 1941 (Bird 1948) y seguido por Engel y muchos otros hasta la actualidad. Esta arquitectura monumental también existe en la sierra aunque sus evidencias son más reducidas lo cual, sin embargo, no refleja necesariamente un hecho, sino probablemente ausencia de investigaciones respectivas (cf. Onuki, este volumen, Bonnier 1983, 1997; Grieder et al. 1988; Burger y Salazar-Burger 1980, 1985 *inter alia*).

La cronología evidentemente está relacionada con la situación descrita. Algunos de los problemas inherentes ya se señalaron en la introducción (cf. Kaulicke y Dillehay, este volumen). En el inicio Lanning, un discípulo de J. H. Rowe, trató de ampliar el enfoque estilístico que caracteriza el esquema cronológico propuesto por Rowe para los periodos "cerámicos" a aquellos "precerámicos", al reemplazar la cerámica, elemento prácticamente exclusivo para la construcción de cronologías, por implementos líticos, en particular, las puntas. Este procedimiento aplicado a sitios sin estratigrafía (Ancón-Chillón, cf. Lanning 1963) implica que estas puntas sirven de *directeur fossile* (préstamo de un concepto de la paleontología para fósiles característicos en formaciones geológicas específicas) como indicadores estilísticos de una ubicación cronológica específica en áreas geográficas específicas (se vuelve a este punto más adelante). Para Lanning el sitio de Lauricocha era una especie de "secuencia maestra" gracias a la compleja estratigrafía que exhibía (Cárdich 1964/6) la cual "tradujo" a una especie de estratigrafía horizontal en Ancón (Lanning 1963). Esta estratigrafía como registro de superpuestas ocupaciones repetidas ciertamente es de suma importancia para poder establecer cronologías locales y regionales. A Lauricocha se ha sumado una serie de sitios como Pachamachay, Panaulauca, Puentemachay, Jaywamachay, Asana y otros, todos con ocupaciones que cubren todo o buena parte del Periodo Arcaico. Otros sitios con estratigrafía menos compleja igualmente reflejan ocupaciones para el mismo espacio temporal (Telarmachay, Uchkumachay y otros). En todos estos sitios existen puntas, a veces en abundancia, que podrían llevar a una cronología comparada para prácticamente toda la sierra, pero tal cronología comunmente aceptada aún no existe ni a nivel regional ni suprarregional, un fenómeno que aparentemente está relacionado con diferentes enfo-

ques tipológicos y diferencias en la interpretación de los datos cronométricos. Estos últimos, en particular los fechados radiocarbónicos, prácticamente existen para cada uno de los sitios nombrados, algunas veces en series completas (cf. Telarmachay [Lavallée et al. 1985] o Asana [Aldenderfer 1998]), pero éstos a veces se convierten en "datos independientes" ya que se les considera desligados a lo que deberían fechar. Esta actitud se debe directamente al conocimiento a veces poco preciso de lo que supuestamente fecha. ¿Dónde se extrajo la muestra? ¿Qué tipo de muestra es y es efectivamente contemporánea con lo que se quiere fechar? ¿Qué indicios adicionales refuerzan la edad sugerida por la muestra, etc.? Estos indicios adicionales podrían ser también las secuencias ambientales reflejadas en aquella parte de los sedimentos que se formaron por los efectos climáticos. En las excavaciones análisis sedimentológicos son relativamente escasos y no bastan para formar secuencias regionales. Este aparente desinterés a veces parte de la convicción que cambios climáticos durante el Holoceno han sido poco relevantes, por el otro lado implican un conocimiento geomorfológico especializado del cual no gozan la mayoría de los arqueólogos, en particular los peruanos; la participación de especialistas en el campo tampoco es frecuente. Esta situación en el Perú contrasta con otros países sudamericanos en los cuales los estudios respectivos (incluyendo la palinología, paleontología, glaciomorfología, etc.) han llevado a secuencias bastante más completas (cf. Colombia con los estudios de van der Hammen y otros).

En la costa la situación es algo diferente. Los sondeos efectuados por Lanning, Moseley, Patterson en la Costa Central, por Richardson en Talara, y también los trabajos más amplios por Ossa, Chauchat y otros en relación al Paijanense crean la impresión de que no hay ocupaciones superpuestas en una estratigrafía que sea comparable con aquellas de la sierra. En algunos casos podría deberse esta impresión a técnicas de excavación poco apropiadas es decir ocupaciones existentes no se reconocieron como tales, en otros (como en los sitios del Paijanense hay también problemas de erosión tratándose de sitios de superficie, pero la situación puede ser diferente para los sitios más al interior, cf. Briceño, este volumen) efectivamente no hay rasgos de superposiciones. Sitios como La Paloma (cf. Benfer, este volumen así como otros excavados por Engel), en cambio, las muestran claramente si bien en secuencias menos completas que en la sierra. El sitio excavado actualmente por Lavallée y su equipo (cf. este volumen), finalmente, comprueba la existencia de sitios con estratigrafía compleja que abarca buena parte del Periodo Arcaico. Todo ello, sin embargo, implica que el establecimiento de una cronología completa del Periodo Arcaico en la costa resulta más difícil que para la sierra. Otro problema relacionado es el carácter diferente de los inventarios líticos en algunas de las zonas. Puntas que abundan en la sierra y, sobre todo, en la Puna, escasean o aún se ausentan en inventarios de la costa lo cual dificulta la comparabilidad de industrias costeñas y serranas. A veces considerados como tecnológicamente inferiores y tipológicamente insensibles no se documentan debidamente (cf. abajo) o aún están considerados como anteriores a otros que contienen puntas (siguiendo la lógica del concepto "pre-proyectil" de Krieger [1964]). No sorprende, entonces, que una cronología para la costa resulta difícil sobre todo en relación a otro tipo de sitios como aquellos con arquitectura monumental.

Un caso particular está representado por sitios con arquitectura monumental. En la sierra se ha demostrado que esta arquitectura se constituye como secuencia constructiva de cierta duración (cf. Onuki, este volumen, Bonnier 1997 *inter alia*). Algo semejante se observa en la arquitectura temprana de la costa aunque los datos correspondientes son más escasos (cf. Bird et al. 1985 [donde existe claramente una secuencia constructiva, pero poco discutida, cf. Tellenbach 1997; Bischof, este volumen], Maldonado 1992; Fung 1972; Quilter et al. 1992, Shady 1998, este volumen, *inter alia*). En estos casos resulta difícil relacionar esta arquitectura con evidencias anteriores ya que parecen haberse iniciado sobre suelo estéril y frecuentemente no queda claro cuál es la relación con arquitectura posterior (Periodo Formativo Temprano) lo cual lleva a la discusión de un estado precerámico (cf. Pozorski/Pozorski, este volumen) o a su asignación a un Periodo Formativo Temprano acerámico o precerámico (cf. Onuki, este volumen). Probablemente muchos edificios asignados al Formativo Temprano se superponen a componentes del Arcaico Final, como otros efectivamente no pertenecen a un Formativo (debido a consideraciones tipológicas en base de fotos aéreas) sino a un Periodo Arcaico Final (cf. Shady/Lopez, este volumen). Otro aspecto adverso para la ubicación

cronológica es la extrema escasez o aún ausencia de implementos líticos u otros artefactos que puedan fecharlos fuera de las muestras radiocarbónicas (cuya procedencia exacta tampoco está definida en la mayoría de los casos). La gran complejidad de sitios como Cerro Sechín (Lerner et al. 1992, 1995), Caral y otros, por ende, parece desconectarlos de secuencias de abrigos rocosos o estaciones al aire libre con anterioridad o contemporaneidad. Esta misma complejidad, sin embargo, obliga a buscar los antecedentes de un modo convincente salvo que se quiera salvar en viejos conceptos difusionistas como migraciones de otras partes (¿de dónde?).

Este problema relacionado con la parte final del Periodo Arcaico conlleva al otro relacionado con su inicio. Muy pocos sitios en el Perú sugieren la presencia del hombre en el Pleistoceno y para todos ellos existen argumentos para rechazar la validez de estas asignaciones (ausencia de megafauna, contemporaneidad dudosa entre ella y los artefactos, presencia de megafauna sin artefactos indudables y problemas con los fechados radiocarbónicos). Esta situación, sin embargo, no debería llevar a la conclusión de que tales sitios no existan sino probablemente es reflejo de las grandes lagunas para las cuales la investigación es escasa o ausente. Probablemente existen centenares de sitios del Periodo Arcaico Temprano algunos de los cuales deberían contener también evidencias más tempranas. En el caso de la Costa Norte, la presencia de puntas de cola de pescado (cf. Briceño, este volumen) sugiere elementos más tempranos aunque aún queda por establecer más claramente cuáles son sus implicancias cronológicas.

Con ello queda claro que si bien se logró la cobertura cronológica razonablemente completa para algunas zonas (curiosamente aquellas que no cuentan con mayor documentación para épocas posteriores como la Puna o la sierra alta así como el litoral) éste es muy deficiente aún para muchas otras. Esta observación básica tiene implicancias importantes ya que se tiende a evaluar lo desconocido como inexistente lo cual resulta en que el Periodo Arcaico puede estar considerado como insignificante para la comprensión de las esplendorosas culturas posteriores a través de las cuales se conoce el Perú Antiguo. Pese a sus defectos queda claro que existen antecedentes de hace muchos milenios antes del Formativo, para algunos considerados "cultura matriz". Para poder definir cambios (o su inexistencia) es preciso concentrarse en las evidencias y en los enfoques analíticos e interpretativos que los fundamentan.

LOS ENFOQUES ANALITICOS

El material lítico

Como ya se señaló, el material lítico reemplaza otro material disponible para el estudio en sitios más tardíos. Evidentemente tiene la ventaja de conservarse en condiciones en las cuales otro material desaparece. Otra ventaja es la fácil disponibilidad de materia prima que se presta a la talla lítica o a pulido, picado, etc. Su estudio, por consiguiente, es de suma importancia para aspectos que no solamente atañen a la cronología, pero es evidente que el aspecto cronológico es de importancia particular, por lo cual se insistirá nuevamente sobre este punto.

Todo el material lítico, la materia no trabajada, desgaste, implementos usados para la talla y los implementos líticos forman un conjunto el cual se llama inventario en el caso que corresponda a un conjunto considerado contemporáneo. Su estudio en conjunto se impone ya que se trata de diferentes etapas del trabajo que no necesariamente terminan con la elaboración de un implemento. Cada pieza, por tanto, requiere de su análisis para poder definir el proceso en su totalidad, lo cual los franceses suelen llamar *chaînes opératoires*. En su totalidad además conforma un conjunto típico caracterizable como conjunto tipológico. Esto implica que no solamente las puntas sirven para estudios tipológicos sino también los demás implementos.

Para hacer disponible este conjunto hay que presentarlo en la forma debida es decir en dibujos que correspondan a las reglas establecidas internacionalmente. Esta convención no siempre está respetada en los trabajos que conciernen el Periodo Arcaico en el Perú. En muchos de estos

dibujos no se reconocen bien los retoques, no se presentan los cortes longitudinales y transversales, en otro caso el dibujo está reemplazado por una foto de calidad deficiente. Si bien las puntas reciben más atención, frecuentemente no se sabe bien de qué tipo de contexto, capa o estrato provienen. Implementos que no sean puntas frecuentemente se obvian totalmente, se da una selección muy reducida o se reemplazan enteramente por fotos que no dejan reconocer los detalles. Por esta razón se incluye aquí algunos ejemplos poco conocidos: implementos de los complejos Siches y Honda, recuperados, definidos y descritos por Richardson (Figs. 1, 2), implementos de los complejos Arenal, Canario y Encanto de Ancón, recogidos y analizados por Lanning (Figs. 3, 4, 5) y puntas del complejo Puente de Ayacucho (Fig. 6) (excavaciones de R. MacNeish). El material procede de las colecciones del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia de Lima y, en el caso del material de MacNeish del Museo de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima. Fue dibujado por el Lic. H. Carrillo B. y el autor para la elaboración del guión del Museo Nacional que se iba a construir en el segundo gobierno del Presidente Belaunde. Los investigadores que dejaron su material en Lima no han proveído esta información en sus publicaciones disponibles. Por ello también se observa en este volumen la inclusión de muchos dibujos inéditos o poco conocidos de otros sitios como los del Alto Zaña (Becerra, Rossen/Dillehay, Rick y Moore, Kaulicke, Aldenderfer y otros) con la esperanza que sirvan para obtener una mejor idea acerca del carácter general de inventarios específicos.

Los enfoques analíticos de este material también difieren marcadamente entre los diversos investigadores. Mientras que los investigadores franceses (cf. Chauchat 1992, Lavallée et al. 1985) presentan análisis pormenorizados al estilo de la tipología paleolítica de Europa con abundancia de datos y dibujos de las piezas, que han dejado también influencia de arqueólogos peruanos como Bonavia (Cardich fue discípulo de Menghin, un prehistoriador austríaco), los norteamericanos frecuentemente siguen una línea funcional(ista). Los primeros presentan todo el material del inventario, los segundos se concentran en las puntas (piezas bifaciales). De este modo se presupone que las puntas son puntas de proyectil (excluyendo otras funciones posibles) así como la forma corresponde a criterios más estilísticos que funcionales o por tanto interpretables de modo independiente (v.g. grupos sociales diferentes). Estas divergencias tienen la desventaja que estudios comparativos con fines cronológicos prácticamente se imposibilitan. Por consiguiente, se comparan semejanzas (normalmente no especificadas) entre piezas bifaciales, a veces entre sitios de cientos de kilómetros de distancia, junto con "sus" fechas radiocarbónicas para establecer contemporaneidad. Este es un procedimiento algo improvisado y poco prometedor para poder lograr una cronología general del Periodo Arcaico basada, como en otras partes del mundo, en criterios claros y compartidos. Quizá por ello exista la impresión general que los inventarios líticos, incluidas las puntas, no son cronológicamente sensibles, por lo cual se tiene que confiar enteramente en los fechados radiocarbónicos. Me parece que esta impresión es prematura, pero en todo caso injustificada hasta que se compruebe su "inutilidad". Rossen y Dillehay (este volumen) además consideran que implementos unifaciales reflejan una cierta sofisticación lo cual contrasta diametralmente con la opinión general acerca de esta parte de la industria lítica. Estas deficiencias cronológicas evidentemente se reflejan en el aspecto corológico (la distribución espacial). ¿Existen regiones definibles? ¿Existen territorios dentro de estas regiones, etc.?

El aspecto funcional debería ser resultado de análisis respectivos en vez de especulaciones. Cada vez parece ser más común el empleo del análisis de huellas de uso (lo cual se refleja en varias contribuciones en este volumen), pero frecuentemente no se explica el procedimiento específico y se publican solo los resultados de estos análisis sin posibilidad de comprobar su validez. Algo semejante ocurre con otro tipo de análisis importante, la procedencia de la materia prima. Frecuentemente se establece grupos determinados y ubicados generalmente, pero no se presentan los datos primarios (¿Cuáles y de qué tipo son los yacimientos, dónde se ubican exactamente, cuáles son los criterios para determinar la identidad entre materia prima fuera del sitio y el artefacto excavado en el sitio?). Finalmente son poco comunes las indicaciones acerca de la distribución espacial del material lítico en el sitio para poder sacar conclusiones acerca de su interrelación, un aspecto de mucha importancia (cf. abajo) tanto para criterios tecnológicos como para la reconstrucción espacial en general.

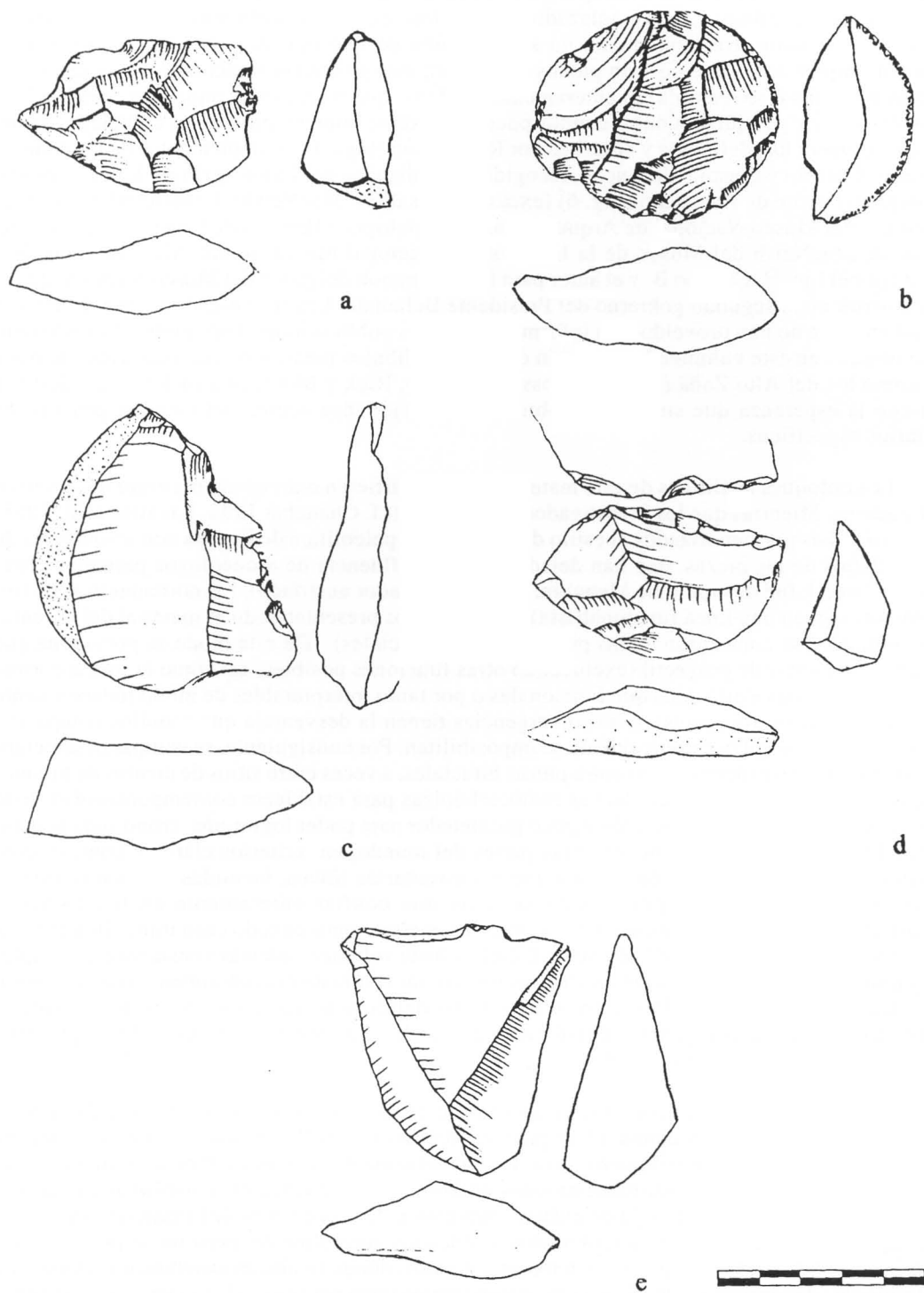


Fig. 1. Complejo Siches, dpto. Piura. Denticulados (a, b, d), cuchillo a dorso (c), tranchet (e). Col. Richardson. Dib. P. Kaulicke.

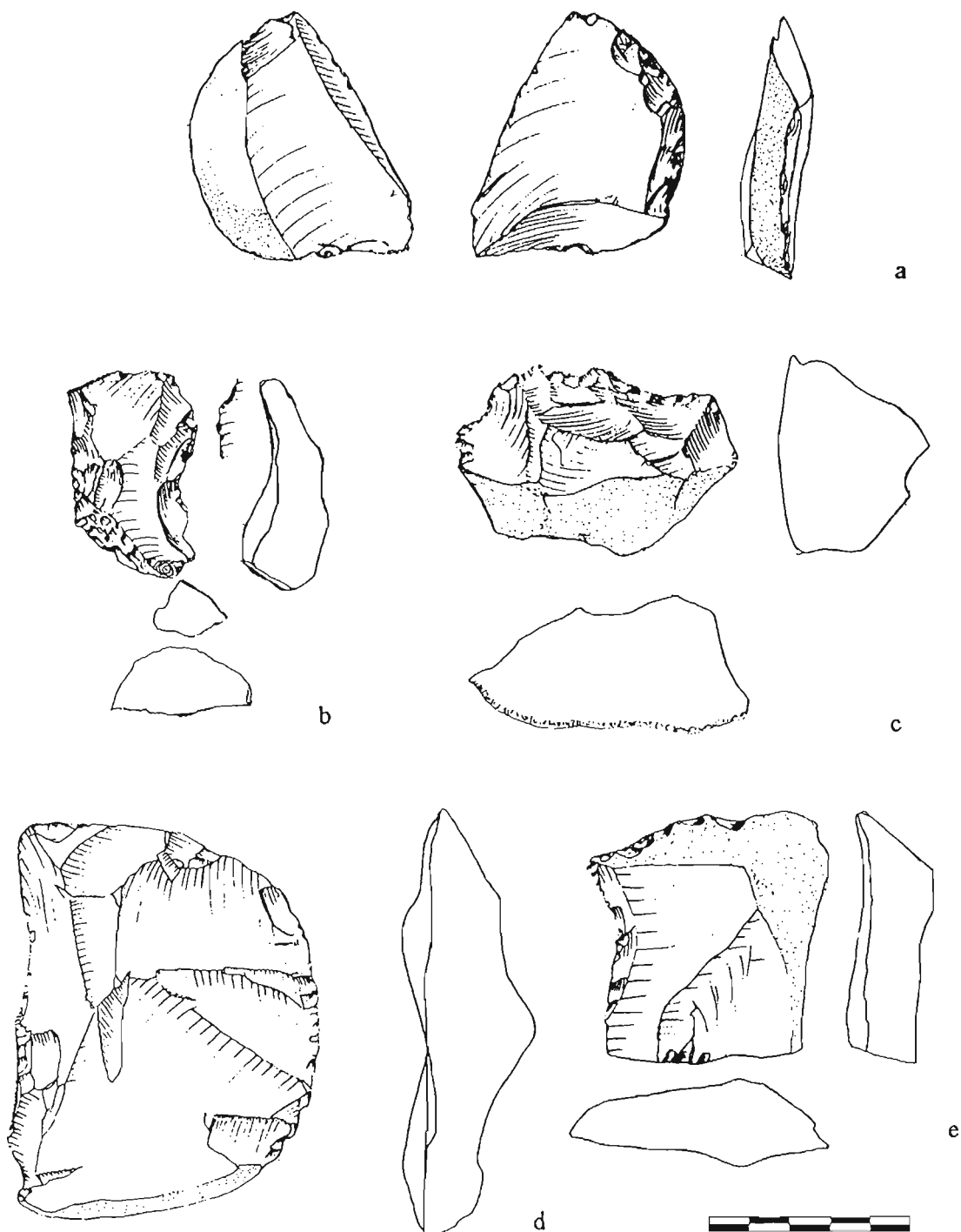


Fig. 2. Complejo Honda, dpto. Piura. Cuchillo a dorso con raedera ventral (a), denticulados (b,c), lascas retocadas (d, e). Col. Richardson. Dib. P. Kaulicke.

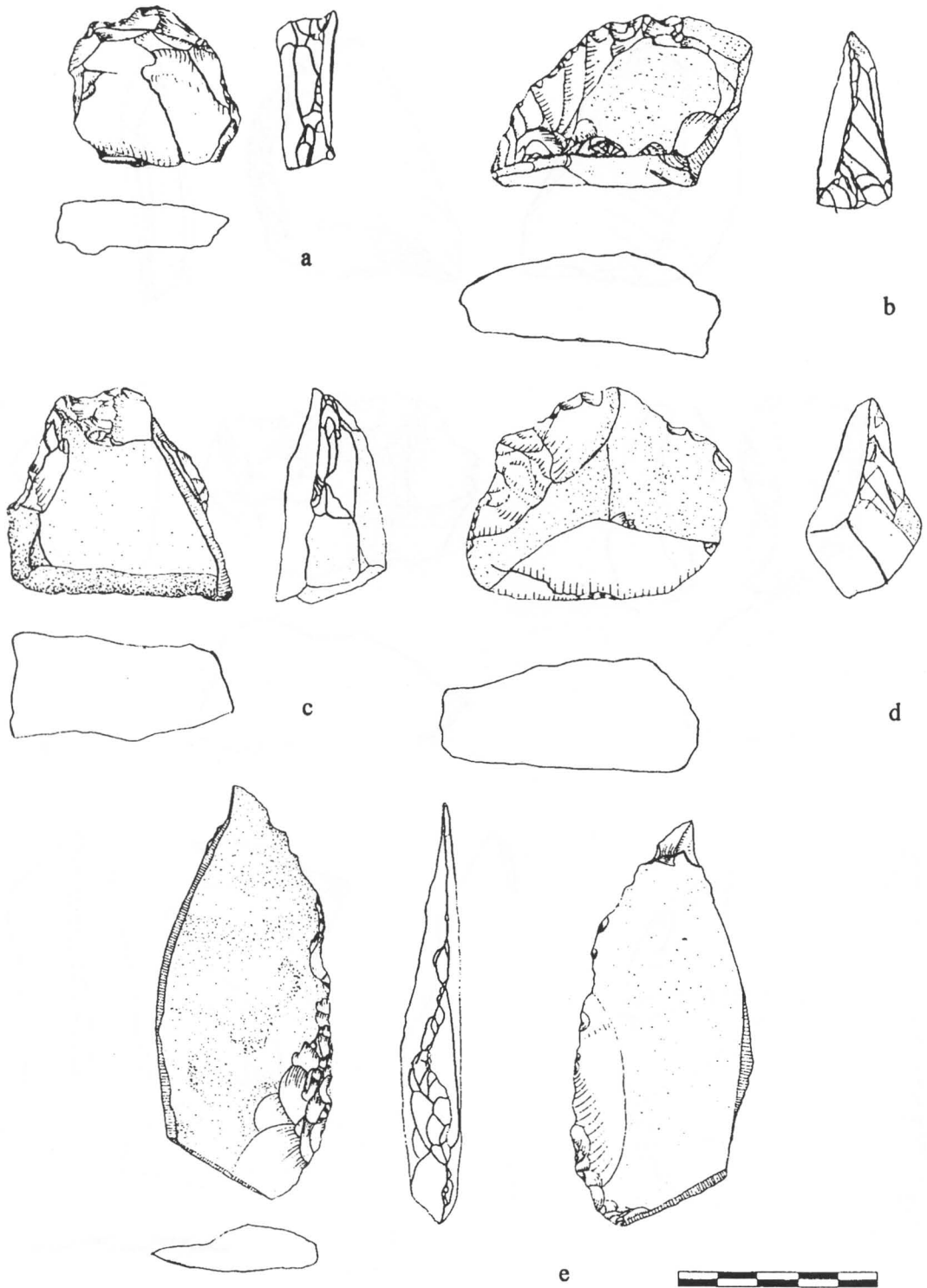


Fig. 3. Complejo Arenal, Ancón. Denticulados (a-d). lascas retocadas (e). Col. Lanning. Dib. H. Carrillo B.

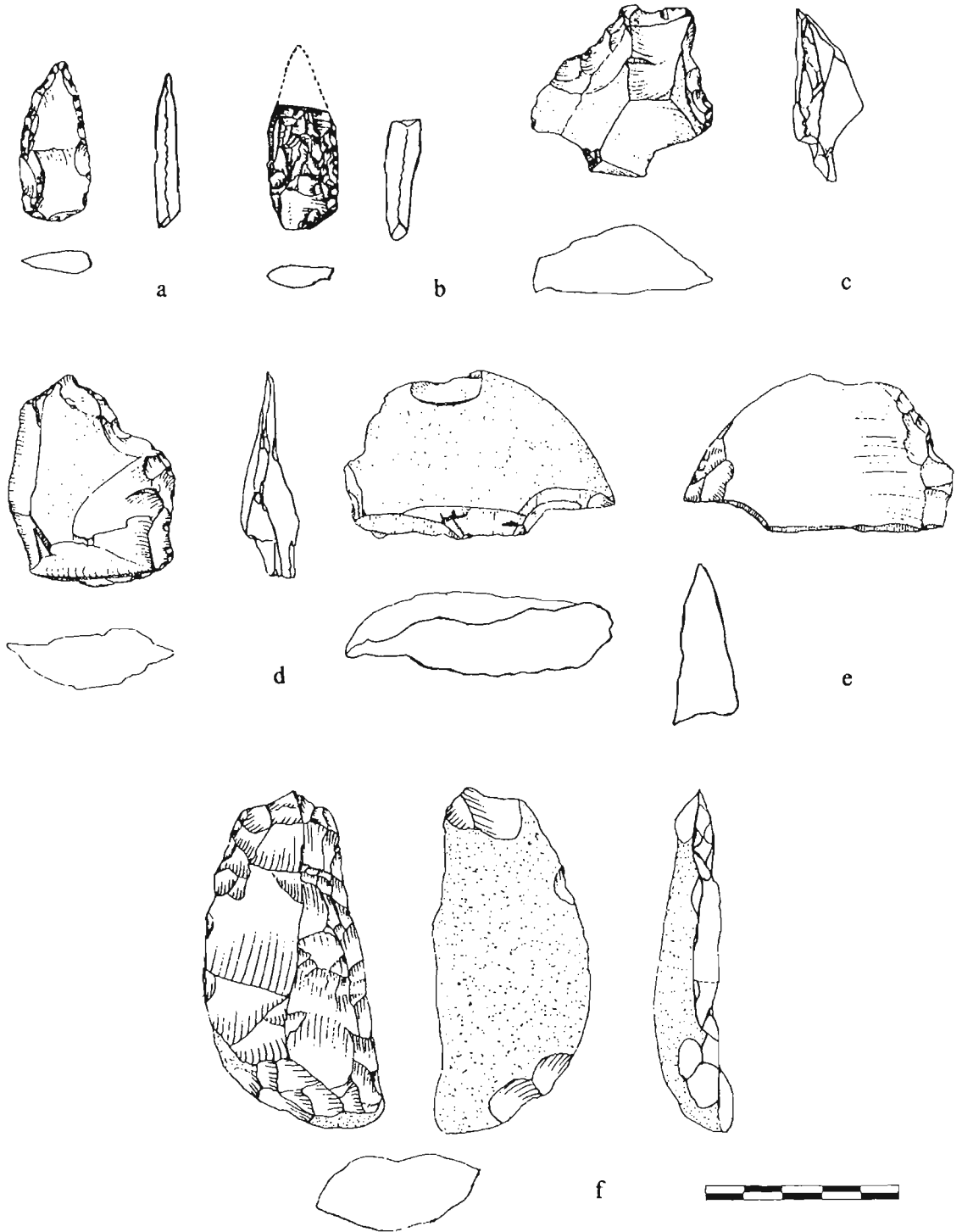


Fig. 4. Complejo Canario, Ancón. Puntas (a, b), denticulados (c-e), unifaz (f). Col. Lanning. Dib. H. Carrillo B.

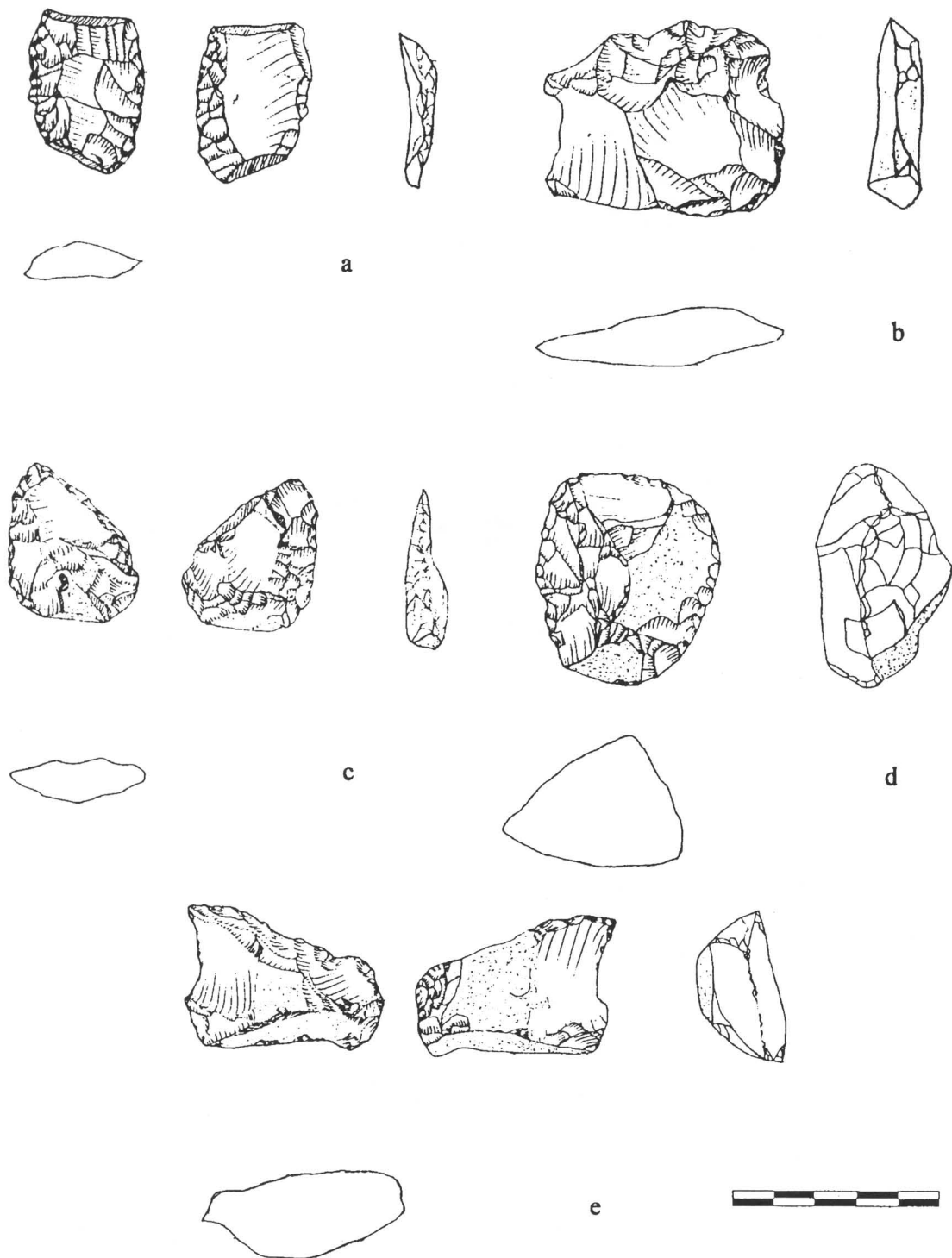


Fig. 5. Complejo Encanto. Punta (a), denticulados (b), piezas con retoque lateral (c, d), denticulados-béc (e). Col. Lanning. Dib. H. Carrillo B.

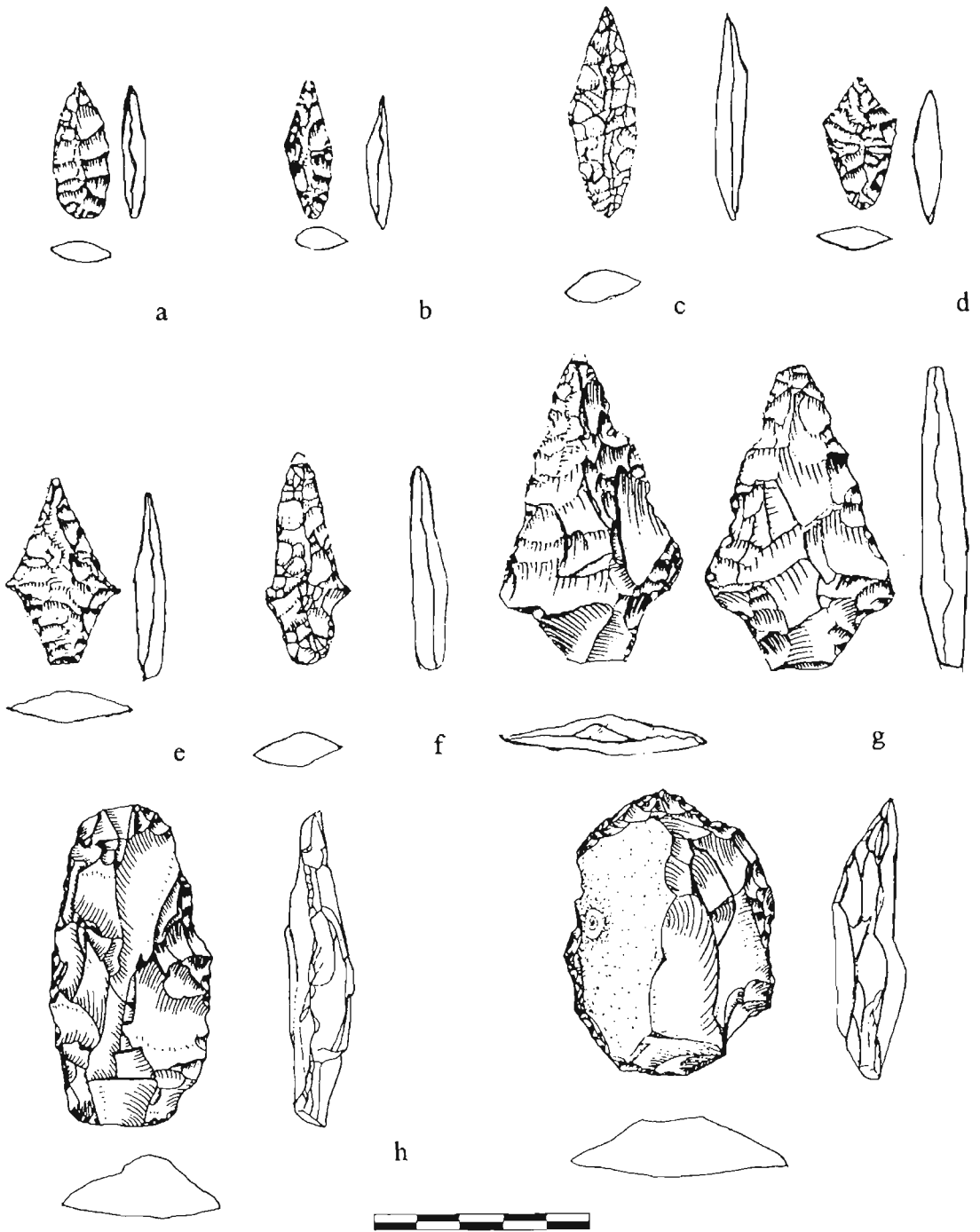


Fig. 6. Complejo Puente, dpto. Ayacucho, puntas (a-g), raspadores (h-i). Exc. R. S. MacNeish, Dib. P. Kaulicke, H. Carrillo B.

El material óseo

Restos de animales suelen ser bastante comunes en sitios del Periodo Arcaico, frecuentemente superan largamente en número al material lítico. Pese a esta abundancia el estudio científico de ellos es relativamente reciente. Cuando el autor excavó en el sitio de Uchkumachay en 1972 pensó que tenía que enviar el material a los Estados Unidos. Gracias a la ayuda y al interés de J. Wheeler se tuvo que organizar un laboratorio y formar una colección comparativa que en este entonces no existía en el país para analizarlo en el Perú. En el curso de los análisis quedó claro que también había que establecer criterios claros para poder determinar categorías etarias más allá de unas primeras indicaciones superficiales. Quedó claro además que la determinación taxonómica a nivel de especie resulta extremadamente difícil pese a la buena conservación de los restos ya que están fragmentados o a veces erosionados de tal manera que ni siquiera es posible diferenciar camélidos de cérvidos, los únicos mamíferos presentes en v.g. la puna. Existen, y aparentemente existían, sin embargo, dos especies de cérvidos y dos especies de camélidos silvestres. Si su determinación taxonómica es difícil, la es más aún en el caso de la determinación del status silvestre o doméstico. Este problema se refleja en las contribuciones de este volumen (Wheeler vs. Rick/ Moore) ya que complica la determinación de preguntas claves como ¿cómo y cuándo se ha domesticado en qué sitio o zona? ¿existe (lo cual es probable) cacería al lado de pastoralismo? ¿cuáles son los porcentajes entre vicuña y guanaco o entre vicuña y alpaca así como entre llama y guanaco? ¿cómo se puede establecer los cambios ocurridos durante el Periodo Arcaico? Evidentemente existen diferentes y a veces opuestas hipótesis al respecto, pero como sostiene Wheeler (este volumen) se requiere un número muy elevado de muestras de buena conservación para poder analizar y llegar a conclusiones aseguradas. El cese de excavaciones en sitios de altura de la sierra central desde mediados de la década de los ochenta, sin embargo, significa también un cese de nuevo material adicional para poder analizarlo sin los problemas analíticos iniciales de la década de los setenta. En cuanto a sitios de la puna no se ha analizado material de sitios lacustres (tampoco existen excavaciones mayores para la puna central) que deberían mostrar un conjunto faunístico diferente con otras especies explotadas. Pero no solo se trata de la determinación de especies, sino de aspectos como la estacionalidad (¿en qué época del año fue ocupado el sitio y durante qué tiempo?), la patología (básicamente en animales domésticos), despedazamiento del animal (fuera o dentro del sitio con técnicas específicas de desollar, romper los huesos, etc.) y uso de las partes no comestibles (cuernos, huesos, cuero, etc.). Este tipo de estudio tampoco se ha desarrollado adecuadamente parcialmente por los problemas señalados. Un aspecto que convendría enfatizar más es la definición de la industria ósea que evidentemente existe como tal aunque herramientas óseas no siempre se reconocen como tales por lo cual tampoco se registran o se documentan.

Estudios en la costa han demostrado que los paijanenses aparentemente no fueron cazadores de megafauna como fue sostenido hace cincuenta años (Bird) sino pescadores y recolectores de fauna menor como el cañán (*Dicrodon* sp.), aunque estudios más recientes demuestran también su capacidad de cazadores de venados y otros animales (cf. Briceño, este volumen). Los conchales del litoral no solo reflejan el consumo de moluscos sino más común ha sido el consumo de peces pequeños así como una variedad muy amplia de otras especies recuperadas e identificadas gracias al empleo de técnicas más sofisticadas como el flotamiento, el uso de mallas finas, etc. (cf. Lavallée et al. y Benfer, este volumen). La composición del registro, sin embargo, frecuentemente, carece del contexto arqueológico específico, en el sentido que se desconoce la procedencia exacta, por lo cual se presenta el peligro de análisis "diagonales" i.e. un espectro diacrónico de un tiempo indefinido lo cual prohíbe el empleo razonable de otros análisis como aquellos mencionados en relación a los restos de mamíferos de altura. Con otras palabras la sofisticación del análisis zooarqueológico a veces excede marcadamente la del material arqueológico, el cual frecuentemente está tratado de manera colateral y sumaria. Como estos estudios se limitan a una serie muy reducida de sitios su comparabilidad es reducida lo cual resulta en la extrema dificultad en generalizar y observar cambios en el tiempo que permitan establecer estrategias específicas y típicas para regiones en el curso del Periodo Arcaico y su evolución hacia estrategias más características para sociedades complejas.

Cabe destacar aquí también la necesidad de determinar más claramente la conversión de estos restos en implementos (anzuelos, cucharas de moluscos, arpones, etc.) para conocer más de cerca la ergología y la tipología (con su potencial cronológico) de estas piezas.

Material óseo humano

Este aspecto es de suma importancia también. Por mucho tiempo los restos tempranos se limitaban a los individuos excavados en contextos de Lauricocha por Cardich (1964/6). En la actualidad se dispone de un número relativamente importante de individuos, parcialmente descritos en este volumen (cf. Briceño y Millones, Benfer, Rick y Moore, Wise, Guillén y Carpio). El ejemplo de Engel (1957, 1960, 1963, 1980 *inter alia*), sin embargo, quien investigó y excavó en un gran número de sitios en la costa (Benfer, este volumen, analizó detenidamente este aspecto con su equipo en La Paloma) y sierra, muestra la enorme cantidad de contextos funerarios a veces de una conservación extraordinaria que existen en muchos sitios, probablemente por la razón que no se convierten en foco de interés de los huaqueros. Este ejemplo muestra que aún queda abundante material disponible al estudio. El potencial de este tipo de fuente es de una importancia fundamental no solo por razones de enfoques propios de la antropología física sino por tratarse de contextos los cuales mejor que otros permiten estudiar una serie de aspectos culturales (alimentación y estado de salud, demografía, diversos aspectos sociológicos, trajes, modificaciones o transformaciones del cuerpo *pre y post mortem*, aspectos escatológicos, tecnológicos [por los objetos asociados], etc.). Pero aún se vislumbra que existen diferencias regionales como la presencia cada vez más clara, de la tradición funeraria Chinchorro en la costa del extremo sur (cf. Wise, Guillén y Lavallée et al., este volumen) relacionada con la conversión del cuerpo humano en una especie de estatua para su manipulación ritual así como el retiro de piezas del cuerpo, la trituración de los huesos (cf. Rossen y Dillehay, este volumen) y la colocación de los individuos o el descarte de las reliquias en receptáculos como esteras o aún casas (cf. Benfer, este volumen). La excavación de áreas funerarias presentes en muchas aldeas preagrícolas y las del Periodo Arcaico Final debería ser una prioridad en estudios futuros.

Material arqueobotánico

A diferencia de los análisis de restos óseos aquellos dedicados a los restos botánicos son notablemente más escasos y problemáticos. La mayoría de las excavaciones en sierra y puna no han producido restos macrovegetales con la excepción notable de Guitarrero (Lynch 1980) y aquellos publicados por MacNeish y su equipo (cf. MacNeish et al. 1983). Aún en condiciones poco favorables como en el puna, sin embargo, se puede recuperar estos restos por medio de la técnica de la flotación (Rick 1980, Rick y Moore, este volumen). Los resultados muestran que plantas han desempeñado un rol relativamente importante como complementación necesaria de la fuente de proteínas proveída por la carne animal. Estudios detallados como los de Benfer y su equipo en La Paloma han contribuido mucho en conocer estrategias de recolección, procedencia de los recursos, importancia en la dieta, efectos sobre la salud, etc. Pero estos estudios lamentablemente son escasos aún de modo que resulta difícil su generalización para entender el rol de las plantas durante todo el Periodo Arcaico.

Uno de los problemas básicos es la definición del rol que ha desempeñado la domesticación temprana de plantas en el Perú. La escasez de los datos y la comprobada aparición relativamente tardía de plantas domésticas en la costa, área en la cual la conservación es a veces óptima, ha conllevado a minimizar su rol y exagerar el papel de otros recursos como los marinos, adjudicándoles un factor decisivo para la formación de la complejización social (cf. Moseley 1975) como también prevalece la idea de una domesticación muy tardía de los camélidos que, por lo tanto, no tuvo influencia en la complejización del Arcaico en la puna. La reacción fue descrita por Grobman en su ponencia durante el evento. Pese a contar con unas 100 especies domésticas endémicas en el Perú, este país no está considerado como centro primario de domesticación en la opinión de muchos botánicos genetistas a diferencia de México donde los estudios respectivos están notablemente más desarrollados. Es un caso particularmente interesante que esta gran cantidad de especies domésticas

en su mayoría no cuenta con antecesores silvestres definidos como plantas originarias de las cuales se desarrolló la especie doméstica. La razón de esta situación parcialmente reside en el hecho de que la mayoría de estas especies no son endémicas en la costa sino en sierra y en el flanco oriental de los Andes. Estas zonas, sin embargo, no han sido estudiados detenidamente, ni de punto de vista arqueológico (detectando y excavando sitios del Periodo Arcaico ahí) ni del punto de vista botánico. Es evidente que se trata de un problema de orden técnico ya que tales sitios no se detectan tan fácilmente y la recuperación de restos botánicos requiere del empleo de técnicas adecuadas tales como se emplean en otros países latinoamericanos con éxito. El ejemplo de los trabajos en el Alto Zaña (cf. Rossen y Dillehay, este volumen) es un paso lamentablemente algo aislado en esta dirección. Este caso además demuestra que el énfasis en cazadores especializados de la puna como en pescadores exitosos de la costa son modelos algo extremos entre los cuales hay una gran gama de adaptaciones más complejas entre las cuales se tiene que buscar aquellas que deberían haber desarrollado primariamente la conversión de plantas silvestres en domésticas. Zonas como la de la sierra norte (muy importante aunque tampoco muy conocida para el Periodo Formativo, cf. *Boletín de Arqueología PUCP* 2) con sus complejas características ecológicas parcialmente compartidas con la Selva y el flanco oriental de los Andes probablemente albergan muchos sitios del Periodo Arcaico y quizá aún anteriores que esperan su estudio. Solo con más datos se puede tratar de resolver el problema de la domesticación de plantas que necesariamente es de importancia fundamental no solo de orden arqueológico. Todo lo demás son solamente estrategias para tapan lo desconocido con modelos más o menos convincentes pero incomprobadas. La contribución de Bonavia en este volumen es otro ejemplo de las controversias en la interpretación de evidencias discutibles en torno al problema del maíz.

Analisis intrasitio

Los análisis descritos dependen de un aspecto que frecuentemente no se considera debidamente: su contemporaneidad, i.e. que tienen que hallarse en una condición de lo que se suele llamar piso de ocupación. Básicamente se trata de superficies que se definen por la distribución de material cultural y natural en relación a estructuras como fogones, pisos de chozas, pozos o estructuras funerarias. La detección precisa de estas superficies frecuentemente no es fácil debido a alteraciones posteriores, erosión y/u otros fenómenos. Además de ello queda evidente que se define solo por la exposición de un área razonablemente grande. La técnica frecuentemente empleada se llama *décapage* lo cual reconoce su procedencia de la prehistoria francesa, aunque se trata de un procedimiento común en las excavaciones prehistóricas del mundo; en el Perú, sin embargo, fue introducido por los franceses, en particular D. Lavallée. Con anterioridad frecuentemente se desconsideró este aspecto, excavando en niveles artificiales y en sondeos (cf. Lanning y otros) lo cual reduce ciertamente la validez de los análisis posteriores. Excavar en área significa en este caso excavar en lo posible el porcentaje más alto de la superficie ocupada con el fin de obtener un máximo de datos ya que esta superficie constituye el contexto general que enrumba todos los demás análisis. Significa también excavar y registrar todos los elementos *in situ* con el fin de determinar si está garantizada la contemporaneidad de ellos, lo cual en suma significa emplear los requerimientos usuales de una excavación tal como se practica entre la mayoría de los prehistoriadores del mundo.

Entre estos elementos destacan las estructuras usadas para viviendas y los fogones construidos. Estas estructuras aparentemente están presentes tanto en abrigos rocosos como en estaciones al aire libre. Lamentablemente la documentación gráfica no siempre está presentada con la precisión deseada. Es evidente que estas estructuras son las que mejor reflejan la duración de la ocupación y su carácter. Las excavaciones de Aldenderfer en Asana (1998, cf. reseña y Aldenderfer, este volumen) han revelado un número extraordinariamente alto de estas estructuras que cubren prácticamente todo el Periodo Arcaico y que van desde una especie de carpa hasta chozas con piso preparado, plataformas ceremoniales y corrales. La escasez en otros sitios aún no permitió una síntesis de estas estructuras a las cuales se suman aquellas reconocidas por Engel y presentados en este volumen por Benfer. Sería muy importante determinar con más precisión lo que se sugirió al final de la introducción de este volumen, la transición de estructuras circulares a ortogonales,

relacionados con el proceso de la sedentarización el cual forma parte esencial del proceso de la neolitización. En el Viejo Mundo esta transición está considerada como fundamental en el proceso de la neolitización (cf. Jarrige 1978). Si bien hay una serie de indicios que esta sedentarización se acentúa en el Periodo Arcaico Medio, para el cual existen ejemplos relativamente numerosos de estructuras de viviendas, no queda claro aún cuándo son los antecedentes a la arquitectura ceremonial del Arcaico Final (en su gran mayoría construcciones ortogonales) en la cual evidentemente no solo se trata de una permanencia prolongada sino también de una renovación regular y probablemente cíclica. Con otras palabras, ¿cuándo aparece arquitectura pública, cuándo se convierte en monumental y qué ocurre al mismo tiempo con la organización interna de las viviendas? Existen algunos ejemplos como las de Aldenderfer (1998) y los de Zaña (Rossen y Dillehay, este volumen) los cuales, sin embargo, no son suficientes para poder explicar la emergencia de arquitectura del tipo excavado en Kotosh (Onuki, este volumen) o Caral (Shady 1997, Shady y López, este volumen). Curiosamente ni Kotosh (Huánuco) ni Caral (Supe) ni los demás sitios monumentales de este tipo cuentan con evidencias previas en la zona. Es difícil determinar, por tanto, dónde se origina esta arquitectura y cómo se difunde el o los patrones arquitectónicos. Si la domesticación es un proceso prolongado como parece quedar cada vez más claro (con inicios que datan desde el comienzo del Arcaico Medio o aún algo más temprano) debería ocurrir algo más o menos análogo con la arquitectura. Parece poco probable que sería correcta la hipótesis de una emergencia abrupta sin antecedentes, por lo cual estas ideas también serían un ejemplo de interpretar lo desconocido como inexistente.

Análisis intersitio

Por los problemas señalados un análisis intersitio es problemático por la escasez de criterios definidos. Como principio debería estar garantizada la contemporaneidad de los sitios comparados lo cual prácticamente se excluye por la poca definición de los criterios cronológicos. Además de ello este tipo de sitios requiere de excavaciones para poder determinar su atribución más precisa dentro del Periodo Arcaico, sitios de superficie proveen poca información inequívoca. Un caso particular es la costa norte con una documentación bastante detallada de muchos sitios de superficie, aparentemente con poca o sin estratificación (cf. Briceño, Gálvez, Becerra, este volumen). Este caso es particular ya que exhibe un buen conocimiento de un período de una duración relativamente larga con un conocimiento sumamente deficiente de lo que constituye el Arcaico Medio y Tardío en esta zona. En este caso estos análisis son útiles para determinar la variación interna aunque no sea necesariamente contemporánea.

En casos más complejos como las aldeas registradas por Engel no se tiene una idea clara de las relaciones entre estas aldeas y sitios de otro tipo en gran parte de la costa o la sierra colindante. Como ninguno de estos sitios refleja una residencia permanente (tampoco en el caso de los sitios de cazadores sedentarios de Rick 1980) necesariamente debe haber una fluctuación de residencia, con duraciones más o menos prolongadas debido al tipo de sitio. Si bien se puede llegar a una especie de tipología de sitios con una jerarquía de grado de residencia queda el problema de determinar qué sitio está relacionado con el otro y porqué. La hipótesis de transhumancia, brevemente tocado en la introducción de este volumen, peca de ser algo simplista basándose en presupuestos incomprobados, aunque puede ser una estrategia viable como en el caso de algunos valles costeros del norte del Chile. Evidentemente el problema está relacionado con una serie de criterios ya señalados relacionados con la subsistencia, acceso a recursos, tecnología, áreas de actividades en los sitios y condiciones climáticas. El grado de la sedentarización (un proceso que no depende enteramente de lo económico), por tanto, se define no tanto por la arquitectura y sus características sino por estudios de los recursos usados y sus indicadores de estacionalidad, un procedimiento que define sedentarismo de un modo no muy directo.

Por otro lado queda el problema de la visibilidad de sitios y su grado de conservación. Procesos climáticos como aluviones, arenamiento, erosión y otros destruyen evidencias o las esconden. En el caso del Periodo Arcaico Final o quizá aún para sitios anteriores, pueden estar cubiertos por construcciones posteriores, v.g. Cerro Sechín. Queda por destacar que la gran mayoría de los

sitios conocidos del Periodo Arcaico se ubican en áreas en las cuales no hubo importante ocupación posterior, mientras que las áreas intensamente usadas desde el Formativo carecen de sitios del Periodo Arcaico prácticamente por completo lo cual evidentemente no puede ser un patrón real.

Estudios paleoambientales

Brevemente queda por señalar otro punto de mucha importancia que son aquellos estudios destinados a determinar los cambios en el medioambiente en épocas dadas ya que los paisajes han experimentado modificaciones culturales y climáticas cada vez más intensivas y aceleradas desde el Formativo hasta la actualidad. Tomando las condiciones actuales como base de la reconstrucción de medioambientes durante el Periodo Arcaico, por tanto, puede ser engañoso. Este tipo de estudios, sin embargo, no son frecuentes, ya que requieren conocimientos específicos de los cuales un arqueólogo normalmente no dispone, lo cual implica la participación de especialistas en el proyecto. Tratándose de una práctica común en proyectos de prehistoriadores en otras partes del mundo, aquellos extranjeros con formación de prehistoriador que disponen de los recursos necesarios y que trabajan en el Perú cumplen con este prerrequisito. La escasez de estos trabajos y las interpretaciones diferentes de las evidencias, sin embargo, dificultan el establecimiento de una síntesis generalizada y un consenso acerca de condiciones locales y su inserción en una historia paleoclimática del Holoceno temprano y medio para el Perú. Estudios polínicos con perforaciones en lagunas, lagos o pantanos que existen en muchas partes del país podrían servir para la reconstrucción del medioambiente en zonas específicas, pero no han sido aplicados salvo con pocas excepciones.

La extrema complejidad ecológica que caracteriza el Perú moderno, la cual no se ha investigado detenidamente en su totalidad, constituye un reto también para los estudios del Periodo Arcaico. ¿Cuál ha sido la extensión de los bosques costeros o serranos en el Periodo Arcaico y cómo ha sido su conformación por especies? ¿Qué extensión tenían lagunas en la costa, muchas de las cuales se han secado actualmente al igual que en la sierra? ¿Qué aspecto tenían las lomas y las vertientes de la sierra occidental? ¿Dónde existían plantas silvestres convertidas en cultígenos como v.g. los árboles frutales y cuál ha sido su extensión, etc.?

LA FORMACION DE HIPOTESIS

En los estudios acerca del Periodo Arcaico se percibe dos orientaciones marcadas, una, en minoría, la que sigue la escuela de la prehistoria europea, representada básicamente por franceses, y otra, mayoritaria, que sigue la arqueología antropológica norteamericana. Los primeros confían en la recuperación detallada de información y la convierten en lo que se llama a veces la paleoetnología, mientras que los otros frecuentemente toman los datos para la confirmación de un modelo previamente establecido por medio de otro tipo de datos que los arqueológicos. Esta línea frecuentemente está identificada como arqueología procesualista. Hasta cierto punto se trata, por tanto, de extremos opuestos. Los pocos peruanos que se dedican a este tipo de estudios frecuentemente están influenciados por los europeos.

Por lo que se ha presentado en la discusión acerca de los enfoques analíticos queda claro que la recuperación de datos y su conversión en información es un proceso tedioso que fácilmente puede llevar a caminos equivocados. Este proceso complicado es necesario ya que se trata de muchos aspectos que nos son poco familiares ya que carecen de analogías directas i.e. la información etnográfica o etnohistórica que pueda servir para la construcción de enunciados explicativos. Ya no existen cazadores especializados en vicuñas y/o guanacos en el área andina desde la llegada de los europeos. Pueden haber existido cazadores especializados aún en el Incanato, pero los datos disponibles son escasos y poco precisos. Más provechoso serían los ejemplos etnográficos de otras partes de América del Sur como los Selknam de Tierra de Fuego (Gusinde 1931) cuya información detallada, sin embargo, queda poco utilizada. Actualmente no queda ningún grupo humano que practique la cacería de camélidos con medios tecnológicos comparables, por lo cual se prohíbe un enfoque etnoarqueológico. No existe ningún grupo humano que viva exclusivamente de recursos

silvestres en un ambiente que podría servir de escenario para una situación preagrícola como tampoco existe en otras partes del mundo en las cuales hubo domesticación primigenia.

Por lo tanto, es preciso acumular información directa obtenida por medio de excavaciones y convertirla en hipótesis o contrastar un modelo independiente con los mismos datos. En primer lugar queda por constatar que existen condiciones favorables para la conservación de un gran porcentaje de la cantidad original de material en un grado que no se da en muchas otras partes del mundo, en particular en gran parte de la costa y algunos lugares de la sierra, lo cual implica que se puede partir de una información material bastante completa. Esta información necesariamente implica el empleo de una gran gama de enfoques analíticos para convertir los datos en algo generalizable. Si no se aplica este tipo de análisis, evidentemente se reduce la información obtenible la cual se tiene que obtener por otros medios indirectos y más problemáticos. Esta información procesada, sin embargo, tiene que ser recurrente i.e. tiene que obedecer a información parecida en otro tipo de contextos y sitios (de la misma ubicación cronológica) para evitar que existan miríadas de opciones que difícilmente reflejarían una situación real. Con ello evidentemente no se quiere llegar a una uniformización sino al contrario a una definición más precisa de variabilidad en el sentido en que la recurrencia es limitada espacialmente. Este punto es muy importante ya que la movilidad y la territorialidad que son mecanismos cuya existencia se tiene que presuponer (y comprobar) involucran medioambientes y sitios específicos cuyas interrelaciones quedan por definir al usar la información obtenida por los análisis. Difícilmente puede funcionar un modelo válido para amplias áreas y para todo el Periodo Arcaico ante la diversidad intuida y parcialmente comprobada. La construcción de modelos, por lo tanto, puede implicar el peligro de una simplificación poco deseada cuya inflexibilidad no capta el dinamismo característico de las estrategias arcaicas. Este dinamismo, sin embargo, no se entiende como un funcionamiento dentro de límites insuperables sino tiene que prever innovaciones, no solo como respuestas a eventuales cambios climáticos u otros factores externos sino también como innovaciones impuestas desde el interior (cambios en la organización social, ideológica y tecnológica). En el Perú lamentablemente se sabe poco acerca de la existencia del hombre en el Pleistoceno, pero es obvio que desde su llegada necesariamente tenía que adaptarse exitosamente a un número muy diverso y grande de condiciones medioambientales. Pero no sólo hay que tener en mente esta visión retrospectiva sino también ver el Periodo Arcaico desde el Formativo o mejor dicho su relación con los cambios obvios observados en el Periodo Arcaico Final. No basta recurrir a la posición tellista en considerar el Formativo o Chavín como gran motor generatriz. Quedaría por resolver la pregunta no sólo cómo se ha convertido en tal, sino en definir el proceso que ha llevado a estos cambios i.e. no concentrarse básicamente en el problema cronológico (¿cuándo ocurre la domesticación y la sedentarización y dónde?) sino en el conceptual: ¿cuáles son las características de condiciones pre-neolíticas antes del inicio del proceso de la neolitización y cuáles son los motivos para los cambios irreversibles?

El proceso de la neolitización está estudiado en diferentes partes del mundo donde se ha obtenido resultados espectaculares pese a la divergencia de hipótesis acerca de varios aspectos dentro de este proceso los cuales no se puede presentar aquí. No deja de sorprender, por tanto, que en el Perú prevalece una especie de visión indigenista incluso entre los arqueólogos extranjeros en el sentido de minimizar el rol de la neolitización y convertir el papel del Perú en una especie de excepción mundial en un camino *sui generis* que gracias a otros recursos como aquellos que trae la corriente de Humboldt a las costas peruanas prescinde de los beneficios de la agricultura la cual más tarde se convierte en base para el excepcional desarrollo cultural posterior. ¿No es posible que aún estemos divididos como antes en seguidores de la búsqueda (poco fructífera en el Perú) del Hombre Temprano (hombre pleistocénico) y aquellos que siguen en la búsqueda de un prelude para el Formativo, algo así como su justificación, y con ello jalar desde dos extremos sin preocuparnos de lo que hay en medio? ¿No sería esto negar su rol propio y su importancia específica para el desarrollo cultural? Con todo ello solo se quiere enfatizar la necesidad de enfrentarse a problemáticas esenciales y no evadirlas. Efectivamente es un problema crucial que implica la búsqueda concentrada de antecedentes de los cambios ocurridos en el Periodo Arcaico Final en tiempos anteriores en vez de negarlos con argumentos "teóricos".

CONCLUSIONES

Estas reflexiones parcialmente nacidas como resultados de las discusiones y presentaciones durante el evento no tienen un tenor pesimista aunque pueda parecer así. Es más bien reconfortante que exista un grupo de colegas que insiste en ocuparse de un tema que para muchos peruanos carece de importancia. Fuera de la posición de Tello que es parcialmente responsable para esta actitud es una actitud nacida por haberse acostumbrado a una arqueología monumental y espectacular. Como poco se sabe de la "arqueología doméstica" postarcaica por la escasez de datos y excavaciones respectivos no sorprende que el hallazgo de restos tempranos o problemas "oscuros" de domesticación primigenia o sedentarización no reciban el entusiasmo público a diferencia de otros países latinoamericanos menos familiarizados con hallazgos excepcionales que abundan en el Perú. Es por ello tampoco sorprendente que existan pocos colegas peruanos que se dedican al estudio del Periodo Arcaico. La razón para esta situación, sin embargo, probablemente reside en la dificultad de formarse debidamente. En el Perú no existe lo que corresponde a la Prehistoria en el sentido europeo. No hay cursos específicos para el análisis de material lítico y para las disciplinas que forman parte de esta empresa interdisciplinaria que es la investigación prehistórica. Este aspecto de interdisciplinaria, tan aclamada en las ciencias humanas del Perú, pero lamentablemente poco ejercitada, encuentra en este campo una razón natural de existencia; no podría funcionar sin este aspecto fundamental. Por esta razón y por otras expuestas en este trabajo sería muy conveniente reforzar esta línea en la arqueología peruana para poder entrar en una discusión que es de interés global ya que necesariamente se trata de problemas compartidos no solo entre países latinoamericanos, sino a nivel global.

REFERENCIAS

Aldenderfer, M. S.

1998 *Montane Foragers. Asana and the South-Central Andean Archaic*. University of Iowa Press, Iowa City.

Bird, J. B.

1948 Preceramic Culture in Chicama and Viru, en: W. C. Bennett (ed.), *A Reappraisal of Peruvian Archaeology*, 21-29, Memoir of the Society of American Archaeology 4, Suplemento de American Antiquity 13 (4,2).

Bird, J.B., J.Hyslop y M. D. Skinner

1985 The preceramic excavations of the Huaca de Prieta, Chicama Valley, Peru, *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History* 62 (1), 1-249, Nueva York.

Bonnier, E.

1983 Piruru: Nuevas evidencias de ocupación temprana en Tantamayo, Perú, *Gaceta Arqueológica Andina* 8, 8-10, Lima.

1997 Preceramic Architecture in the Andes: The Mito Tradition, en: E. Bonnier y H. Bischof (eds.), *Arquitectura y civilización en los Andes prehispánicos*, 212-143, *Archaeologica Peruana* 2, Mannheim.

Burger, R. L. y L. Salazar-Burger

1980 Ritual and Religion at Huaricoto, *Archaeology* 33, 26-32.

1985 The Early Ceremonial Center of Huaricoto, en: C. B. Donnan (ed.), *Early Ceremonial Architecture in the Andes*, 111-138, *Dumbarton Oaks*, Washington.

Cardich, A.

1964/6 Lauricocha. Fundamentos para una prehistoria de los Andes Centrales, *Acta Pre-Histórica* 8/10 (1), 3-171, Buenos Aires.

1991 Descubrimiento de un complejo precerámico en Cajamarca, Perú, *Notas del Museo de la Plata* 21, *Antropológica* 83, 39-51, La Plata.

- Dillehay, T. D., G. Ardila Calderón, G. Politis y M. da Conceição de Moraes Coutinho Beltrao**
1992 Earliest Hunters and Gatherers of South America, *Journal of World Prehistory* 6(2), 145-204.
- Engel, F.**
1957 Sites et établissements sans céramiques de la côte péruvienne, *Journal de la Société des Américanistes* 46, 67-155, París.
1960 Un groupe humain datant de 5000 ans à Paracas, Pérou, *Journal de la Société des Américanistes* 49, 7-35, París.
1963 A Preceramic Settlement on the Central Coast of Peru: Asia, Unit 1, *Transactions of the American Philosophical Society* 51(3), Philadelphia.
1980 Paloma, *Prehistoric Andean Ecology Series*, New York.
- Fung P., R.**
1972 Las Aldas: su ubicación dentro del proceso histórico del Perú Antiguo, *Dédalo* 9-10, 1-207, Sao Paulo.
- Grieder, T., A. Bueno M., C. E. Smith Jr. y R. Malina**
1988 *La Galgada, Peru. A Preceramic Culture in Transition*, Austin.
- Gusinde, M.**
1931 *Die Feuerlandindianer I: Die Selk´nam. Vom Leben und Denken eines Jägervolks auf der Großen Feuerlandinsel*. Mödling bei Wien.
- Jarrige, J.**
1978 Les premiers villages de Syrie-Palestine du IXème au VIIème millénaire avant J. C. *Collection de la Maison de l'Orient Méditerranéen Ancien 4, Série Archéologique 3*, Lyon.
- Krieger, A.**
1964 Early Man in the New World, en: J. D. Jennings y E. Norbeck (eds.), *Prehistoric Man in the New World*, 23-84, Chicago.
- Lanning, E. P.**
1963 A Pre-Agricultural occupation on the Central Coast of Peru, *American Antiquity* 27 (22), 139-154, Menasha.
- Lavallée, D., M. Julien, J. C. Wheeler y C. Karlin**
1985 Telarmachay. Chasseurs et Pasteurs Préhistoriques des Andes I, *Travaux de l'Institut Français d'EtudeS Andines* 28, Editions Recherche sur les Civilizations "Synthèse" 20, París.
- Lerner, S., M. Cárdenas y P. Kaulicke (eds.)**
1992 *Arqueología de Cerro Sechín I*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
1995 *Arqueología de Cerro Sechín II*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Lynch, T. F.**
1970 Excavations at Quishqui Puncu in the Callejon de Huaylas, Peru, *Occasional Papers of the Idaho State University Museum* 26, Pocatello.
1980 *Guitarrero Cave. Early Man in the Andes*, Studies in Archaeology, Nueva York.
- MacNeish, R. S., R. K. Vierra, A. Nelken-Terner, R. Lurie y A. García Cook**
1983 The Preceramic Way of Life, *Prehistory of the Ayacucho Basin IV*, Ann Arbor.
- Maldonado, E.**
1992 Arquitectura de Cerro Sechín, en: S. Lerner, M. Cárdenas y P. Kaulicke (eds.), *Arqueología de Cerro Sechín I*, 65-116, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Moseley, M. E.**
1975 *The Maritime Foundations of Andean Civilization*, Cummings Archaeological Series, Menlo Park, California.

Prous, A.

1986 L'archéologie au Brésil. 300 siècles d'occupation humaine, *L'Anthropologie* 90 (2), 257-306, Paris.

Quilter, J., B. Ojeda E., D. M. Pearsall, D. H. Sandweiss, J. G. Jones y E. S. Wing

1991 The Subsistence Economy of El Paraiso, an Early Peruvian site, *Science* 251 (4991), 277-283.

Richardson, J. B. III

1969 *The Pre-ceramic Sequence and Pleistocene and Post-Pleistocene Climatic Change in Northwestern Peru*, tesis de Doctorado inédita, Department of Anthropology, University of Illinois.

Rick, J.W.

1980 *Prehistoric Hunters of the High Andes*, Studies in Archaeology, Nueva York.

Shady S., R.

1997 *La ciudad sagrada de Caral-Supe en los albores de la civilización en el Perú*, Fondo Editorial Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

Tellenbach, M.

1997 Los vestigios de un ritual ofrendatorio en el Formativo peruano - Acerca de la relación entre templos, viviendas y hallazgos, en: E. Bonnier y H. Bischof (eds.), *Arquitectura y civilización en los Andes prehispánicos*, 163-175, *Archaeologica Peruana* 2, Mannheim.

Terada, K. y Y. Onuki

1982 Excavations at Huacaloma in the Cajamarca Valley, Peru, 1979, *Report 2 of the Japanese Scientific Expedition to Nuclear America*, Tokyo.

1985 The Formative Period in the Cajamarca Basin, Peru: Excavations at Huacaloma and Layzon, 1982, *Report 3 of the Japanese Scientific Expedition to Nuclear America*, Tokyo.

1988 *Las excavaciones en Cerro Blanco y Huacaloma, Cajamarca, Peru, 1985*, Andes Chosashitsu, Universidad de Tokyo, Tokyo.